

DISCURSO DE ORDEN EN EL DIA DEL ECONOMISTA

José Moncada S.

Quiero empezar expresando mi más sentido reconocimiento al Directorio y Presidente del Colegio de Economistas de Quito por la amable invitación que me extendieron para que asistiera a este acto y pronunciara el discurso de orden con motivo de celebrarse el día del Economista. Cuando recibí la invitación, lo confieso sin falsa modestia, sentí una íntima satisfacción por el carácter evidentemente honroso que ello implica pero, a la vez, sentí una honda preocupación y una muy alta responsabilidad intelectual y moral por el contenido y proyección de las palabras que expresaré a continuación.

No es esta una celebración cualquiera. La profesión del economista se distingue de otras debido a la proyección fundamentalmente social de su actividad. De ahí que no resulta nada raro el constatar cómo, mientras mayor ha sido la complejidad de los problemas económicos y sociales del Ecuador, los Economistas han ido ocupando posiciones de significación en la administración estatal y cargos muy importantes dentro del sector privado.

Pero precisamente por el contenido y proyección social de la profesión del Economista, es bueno que en una noche como ésta nos propongamos reflexionar sobre la situación socio-económica del Ecuador, de los problemas nacionales que reclaman y sobre todo, de los problemas que reclamarán de aquí en adelante nuestra mayor atención, con el ánimo de trazar los contornos básicos de lo que será no sólo nuestra profesión sino el curso fundamental de nuestras propias vidas.

Hemos dicho en otras ocasiones que nos han correspondido vivir en un país lleno de grandes posibilidades pero también de agudas dificultades y contradicciones. Con enormes riquezas naturales —muchas de las cuales aún no se las conoce

ni evalúa plenamente— con variedad de climas, que abre posibilidades para el desarrollo y ampliación de la producción agropecuaria e industrial; con grandes caídas de agua; con abundantes recursos ictiológicos; con una producción que en los últimos años se ha diversificado significativamente; con una población pequeña y laboriosa que ha demostrado una notable capacidad de respuesta para satisfacer, con su trabajo, determinadas exigencias impuestas por el mercado mundial; el país sin embargo se desenvuelve con un serio cuadro de dificultades caracterizado por débiles e inestables crecimientos de su economía, con altos niveles de subocupación de su mano de obra, con agudos desequilibrios presupuestarios y de balanza de pagos, con endeudamiento externo creciente que fortalece nuestra dependencia frente a las economías desarrolladas del mundo capitalista y con graves problemas sociales como analfabetismo, deserción escolar, bajo promedio de instrucción, alta mortalidad infantil y general, baja esperanza de vida y que afecta principalmente a los grupos sociales más pobres, con inflación en aumento que castiga fuertemente a desempleados carentes de toda protección, a subempleados que no reciben el salario mínimo, a la clase trabajadora y en general a quienes perciben rentas fijas.

Este conjunto de hechos, síntomas de un comportamiento deformado de nuestra actividad económica, explica a su vez la serie de graves conflictos sociales y enfrentamientos políticos muchos de los cuales expresan la justa respuesta de nuestro pueblo a la permanente opresión en la que se lo ha mantenido durante decenas de años.

Se nos dice a menudo que este cuadro de agudos contrastes de opulencia y de miseria es solamente el producto de la errada política económica de ciertos gobiernos pasados y que, por lo tanto, el cuadro cambiará inmediatamente que se ponga en ejecución una “diferente política de desarrollo” que empiece inspirando confianza y estimulando especialmente a la iniciativa privada.

En otros casos, se nos asegura que los males que vivimos en el país son solamente el resultado de la influencia de males similares que se viven en el exterior; de las dificultades que existen en las economías capitalistas desarrolladas. Es decir, se admite que las dificultades especialmente económicas se pueden transmitir como se transmiten las enfermedades contagiosas de los humanos o animales.

Múltiples otras interpretaciones que atribuyen el actual estado de cosas al abandono del "equilibrio dinámico de los factores", a las excesivas demandas de los trabajadores por mejores salarios, a la dañina influencia del Estado en la vida económica, a las muy elevadas restricciones al sistema monetario y crediticio, etc., etc.

Mas lo cierto es que los contrastes persisten y se acentúan, mientras en muchos otros casos han surgido nuevos problemas de mayor gravedad. Todos recordamos por ejemplo, las expectativas que infinidad de gobiernos despertaron y las solemnes y doctorales propuestas que muchos de sus dirigentes ofrecieron para alcanzar el desarrollo, la estabilidad, el progreso, la justicia social.

Así por ejemplo entre 1980-1984 la economía del Ecuador debería encontrarse experimentando un crecimiento del orden del 6.50%, en un clima de notable estabilidad, con un alto nivel de empleo, con un envidiable grado de autonomía de todo tipo frente al exterior.

Ahora sabemos que todo fue y es distinto y que una vez más las soluciones planteadas y muchas de ellas ejecutadas se mostraron incapaces e impotentes para vencer el subdesarrollo en el que se desenvuelve el Ecuador. Medidas de política económica destinadas a operar en las esferas financieras, monetarias, de la circulación, del intercambio comercial; medidas consistentes en introducir reajustes fiscales, establecer precios reales, abrir el país al capital extranjero, bajar y subir encajes, contraer el gasto gubernamental, elevar la tasa de interés, incrementar los incentivos a la exportación, incorporar

al ejercicio de la acción estatal a determinadas organizaciones políticas, sindicales y populares; no sólo que se han repetido con la frecuencia con que se han cambiado gobiernos en el Ecuador, sino que su existencia en seguir aplicándolas no se ha traducido en el restablecimiento de un equilibrio más duradero ni se han sentado las bases para un sostenido repunte de la actividad económica. Se trata, entonces, de que las dificultades que vive el Ecuador son de naturaleza estructural, son el reflejo de su formación social concreta y, a la vez, son la expresión de un sistema económico que, históricamente y a nivel mundial, se encuentra en descomposición.

Ya en el pasado y con políticas económicas similares a las que ahora se ejecuta o se pretenden ejecutar, se ha buscado solucionar los problemas socio-económicos ecuatorianos. Así por ejemplo, a principio de los años 60, el gobierno de la época devaluó el sucre —de 15 a 18 por dólar— y se redujeron los gravámenes fiscales a los principales productos de exportación. Con medidas monetarias y fiscales se actuó también en 1966 para pretender alcanzar la recuperación de las finanzas públicas y la bonanza del comercio exterior. Con “las manidas fórmulas de la ortodoxia económica” se buscó salir del paso en 1968-1969, cuando se buscó incrementar las recaudaciones fiscales, centralizar y controlar a las entidades autónomas. Con políticas económicas de corte tradicional como el aumento de los recargos de estabilización monetaria, la creación de un nuevo impuesto a las ventas y la devaluación del sucre de 18 a 25 por dólar, se pretendió salir de la crisis en 1970. Con el establecimiento de un nuevo arancel de importaciones, con alzas variables para diversos items, se buscó equilibrar el desbalance financiero en 1975. Mediante la concesión de mayores estímulos a los negocios privados, la exoneración total de impuestos a los exportadores bananeros, la reprivatización del comercio del azúcar, la creación de gravámenes a productos de consumo popular y el inicio de una “agresiva” política de endeudamiento externo se buscó, entre

1975 y 1978, alcanzar la recuperación financiera y el establecimiento de los equilibrios fiscal y de la balanza de pagos. Con la aplicación del decrépito recetario desarrollista y la reedición de la vieja fórmula del Gatopardo, vale decir, con la vieja fórmula de modificar la superficie de las cosas para que todo siga igual, se ha pretendido alcanzar el "saneamiento económico" y la tan publicitada justicia social.

No tengo la menor duda sobre que, en múltiples casos, algunas de las citadas medidas de política económica lograron una temporal reactivación de nuestra economía traducida en una producción y exportación en rápido crecimiento, como también en la creación de un clima de cierto alivio de la situación financiera gubernamental. Pero el contraste económico y social no se eliminó y más bien, viejas y nuevas contradicciones se intensificaron y surgieron. Así, se incrementó la inversión, esto es, se amplió la capacidad de producción, pero altos porcentajes de ella quedaron sin utilización porque no hubo ni hay suficiente demanda efectiva. Creció el excedente y la necesidad de emplearlo racionalmente y sin embargo el ingreso nacional se concentró más, surgió y se multiplicó el despilfarro o muchos recursos reales se fugaron hacia el extranjero. Se abrieron las puertas del país al capital extranjero y crecieron los pagos de las amortizaciones, utilidades, intereses, comisiones, hasta un punto en que hoy hay que pedir dinero al exterior para sólo pagar las anteriores deudas.

Se expande la cantidad de dinero en circulación y hace falta liquidez. Se otorgan jugosos incentivos a la exportación y se contraen los ingresos estatales; se fomenta la concentración de la riqueza y del ingreso y se reducen los recursos con los cuales atender las exigencias de las mayorías nacionales. Se eleva la tasa de interés para incentivar el ahorro y suben los precios avivándose un clima inflacionario que conspira contra la igualdad social de los ecuatorianos. Se alienta la industrialización sustitutiva de importaciones y crecen las

importaciones, ahondándose los desequilibrios de la balanza de pagos.

En otras palabras, a pesar de la política económica ejecutada por diferentes gobiernos, en nuestra patria abundan los subempleados, impera la desigualdad, persisten y se han agudizado múltiples desequilibrios. Es legítimo entonces reconocer la ineficiencia probada de los patrones fundamentales de la política económica ejecutada en las últimas décadas.

Después de estas reflexiones, destinadas a dar un testimonio sobre la vida especialmente económica del Ecuador, creo que no puede haber conformidad con lo hasta ahora realizado. Creo que nadie puede negar que lo más importante en nuestro país está aún por hacerse.

Pero naturalmente que el manifestar nuestra inconformidad por lo realizado hasta ahora, no significa desconocer que en el país se han suscitado cambios de apreciable significación. Pues bien, sin proponérselo, las políticas económicas ejecutadas favorecieron y condicionaron, de diferente manera y con desigual intensidad, una serie de acontecimientos económicos, así como también generaron ciertas inevitables repercusiones en la estructura social.

En el terreno económico, se produjo una visible modernización y crecimiento de la estructura productiva, del comercio, de los servicios; se generó una amplia red bancaria y financiera, se incrementó la división del trabajo, surgieron nuevos sectores, se expandió la industria, nacieron y se desarrollaron determinadas modalidades de producción y de consumo, se fortaleció y volvió más estructural y compleja la dependencia internacional.

En el campo social, se amplió el número de trabajadores especialmente en los sectores de la industria manufacturera, la construcción, el comercio y múltiples servicios no productivos como oficinistas, técnicos, miembros de las fuerzas armadas. Crecieron así mismo las denominadas capas medias de la sociedad, emergieron nuevas y poderosas fracciones socia-

les, las vinculadas esencialmente a la expansión de la industria, la construcción, el comercio, el sector financiero. Se trata, por lo tanto, de una estructura social bastante heterogénea pero a pesar de lo cual emergen con bastante claridad definidas tendencias en favor de una polarización de la población en torno a la burguesía y al proletariado, como clases sociales básicas y antagónicas de la actual conformación social.

Esto significa consiguientemente, que la situación actual del país no es el producto de las circunstancias sino la consecuencia de un proceso histórico. Corresponde al desarrollo capitalista que con intensidad variable, ha tenido lugar en el Ecuador. Así por ejemplo, durante el último decenio se aceleraron en el Ecuador fenómenos tales como la internacionalización del mercado nacional, la concentración de la propiedad, la urbanización, la participación del Estado en el proceso de acumulación, el desarrollo desigual de la economía y de la sociedad. Estos hechos se produjeron porque hubieron fuerzas sociales y políticas que los impulsaron, porque se trató de acontecimientos que favorecieron a determinadas clases y fracciones, porque a través de tales hechos dichas clases o fracciones afirmaron su dominación sobre el conjunto social.

En otras palabras, el largo y desigual proceso de desarrollo del capitalismo en nuestro país, activado o intensificado en el curso de los dos o tres últimos lustros, ha determinado que en el Ecuador de fines de 1981, las cosas sean bastante distintas del Ecuador de 1960. Y esto es preciso reconocerlo una vez que los hechos ocurridos en especial durante el denominado auge petrolero —y que se tradujeron en el más avanzado desarrollo de la base económica y la estructura social del Ecuador, que en cualquier otra etapa de su historia— conforman el marco condicionante del curso y de las vicisitudes del futuro proceso socio-económico y de sus probables soluciones.

Por lo mismo, es en base al pasado y al presente como debemos avizorar tendencias de la probable evolución futura del

Ecuador, es decir, el futuro como consecuencia de los principales cambios ocurridos hasta ahora y de la dinámica social y política que los genera y acompaña.

En tal contexto, no cabe duda que las perspectivas de nuestra economía son verdaderamente difíciles si es que en los próximos años, la política seguida hasta ahora se mantiene en lo fundamental. En este último caso persistirán y hasta se intensificarán los desequilibrios a los cuales nos hemos referido con antelación. Crecerá el subempleo, la concentración de la riqueza en pocas manos, se intensificará el problema del mercado, se reavivará la contradicción producción consumo, se hipotecará más a nuestro país con relación al exterior.

Hay quienes frente a tal perspectiva, nada halagadora por cierto, propician nada menos que una vuelta al pasado, consistente en revalorizar el papel del mercado y del sistema de precios, desmantelando al aparato estatal y subordinando mucho más el presente y el futuro de nuestro país a los vaivenes de la economía capitalista mundial. Son las tesis de la llamada Escuela de Chicago, es el positivismo de los economistas del Fondo Monetario Internacional, cuyo recetario tan familiar en los países de América Latina, especialmente, y que incluye el ingrediente de la "austeridad", ha dejado una experiencia que no corresponde olvidar.

Muchos otros hablan de rescatar lo mejor del actual sistema social, de renovarlo, de humanizarlo, de limpiarlo de sus más graves y viejas contradicciones, implantando una especie de "economía mixta" por el papel esencial que desempeñará el Estado como regulador e interventor directo en la actividad económica. Economistas como Timbergen, en materia de previsiones globales, va más allá y sostiene que lo que nos espera es una síntesis creadora, ecléctica, entre el capitalismo y socialismo.

Otros Economistas, apoyados en sofisticados modelos y el uso de la computación, se dedican a presagiar, como pasatiempo agradable y hasta divertido, diferentes futuros posi-

bles para nuestro país, anunciando en muchos casos con características de tecnocrática mentalidad, un país aislado y feliz, aunque con pequeñas injusticias sociales capaces de ser superadas con la caridad y la bondad innata de los ecuatorianos. Se trata por lo tanto como es fácil imaginar, de “modelos” que simplemente buscan proyectar el actual contexto socio-económico y político del país sin afectar la organización social y el sistema de valores sobre los que se basa la actual situación de privilegio de unos pocos.

Naturalmente que no estamos acá para hacer futurología absurda ni mucho menos para alentar el ejercicio de la imaginación hasta un punto en que sólo se avisoren fantasías que rayen en la ridiculez. La tarea de anticipar y entender el futuro es posible si es que se la apoya en leyes objetivas y en el reconocimiento de que es el hombre, en el contexto que desde luego él no elige caprichosamente, el que hace su propia historia.

Son precisamente tales leyes objetivas, fehacientemente comprobadas por el desarrollo de la historia, las que determinarán finalmente el rumbo que siga el país. En el marco de todo proceso histórico se producen contradicciones tan graves y cuya superación no es posible —y muchísimo menos en la situación nacional y mundial— con esquemas y políticas económicas formalistas y parciales.

Hoy vivimos sin duda en la década más difícil que ha conocido el Ecuador después de la segunda guerra mundial. Vivimos una época muy difícil y compleja. La historia pareciera caminar bastante más de prisa. Los acontecimientos, de todo tipo, se suscitan con notable rapidez. Los avances científico-técnicos abren insospechadas posibilidades de mejoramiento social; sin embargo, en nuestro país al calor de una serie de dificultades y conflictos de todo orden, la política económica de los diferentes gobiernos ha ido perdiendo creatividad, eficacia y, sobre todo, comprometiendo toda capacidad de maniobra para seguir operando en el marco del actual sistema so-

cial. En tal contexto, nosotros los Economistas, aún no hemos sido capaces de ofrecer aportaciones concretas en múltiples campos.

Es más, ante una inspiración desarrollista abierta o camuflada en que se han movido y mueven muchos de nuestros análisis; hay otros que han empezado a desempolvar ciertas elaboraciones teóricas y en nombre del mercado y de la más funesta "libertad económica", se extiende la viabilidad del sistema actual pero, naturalmente, a costa de favorecer los procesos de concentración del capital, agudizar la dependencia, exaltar el individualismo competitivo y fomentar regímenes políticos represivos y autoritarios.

Está claro, sin embargo, que tanto las propuestas desarrollistas como neo-liberales que hoy se pretenden resucitar, no constituyen solución para los problemas de un país que, como el nuestro, ha cambiado muchísimo en los últimos 15 o 20 años.

De ahí que desde esta distinguida tribuna me atreva a sostener que, como profesionales, aún tenemos muchísimo que aportar a lo que exige nuestro país. Siendo lo más modesto en el lenguaje bien podríamos decir que nuestro talento y lo mejor de nuestra acción tiene que encaminarse a ofrecer a todos los miembros de nuestra sociedad empleo digno y permanente, un nivel de consumo satisfactorio, seguridad social, acceso a la cultura y una auténtica participación política. Así de simple es nuestra misión. De ahí la necesidad de ir más a fondo en la solución de los problemas ecuatorianos.

Por lo mismo, hacen falta cambios trascendentes en la interpretación del subdesarrollo de nuestro país. Debemos entender que para superar los problemas más graves es preciso equiparnos de una auténtica teoría del desarrollo. Hay que reparar en la profundidad y esencia de los hechos y no quedarnos en la epidermis de ellos ni apreciarlos estáticamente. En esta última dirección, es imperioso reconocer que el Ecuador no es un país inerte, ni se encuentra a la orilla de la histo-

ria. El futuro del Ecuador para ser luminoso y esperanzador, tiene que necesariamente ser conformado fuera del estrecho horizonte que le ofrece el capitalismo. En tal contexto debe ubicarse nuestra misión.

Los Economistas precisamos sacudirnos del pragmatismo tecnocrático y político que frecuentemente aún ejercemos. Por lo mismo, tratemos que nuestros asesoramientos y decisiones, lejos de servir a la clase en el poder o como elementos destinados a afirmar y reproducir al capitalismo, sirvan al pueblo y a su destino, como único camino para avanzar sin miedo hacia el futuro que nos espera. Nuestra misión es ser leales al país no incondicionales a ningún grupo ni gobierno. En la medida en que trabajemos para la gran mayoría de nuestros compatriotas estaremos construyendo el presente y el futuro de nuestro pueblo y nos estaremos haciendo dignos de lo que el Ecuador espera de sus técnicos y profesionales.